

SANTO DOMINGO: Desafíos para una nueva educación

Vittorio Gambino S.D.B.

Los obispos latinoamericanos, reunidos en Santo Domingo del 12 al 28 de octubre de 1992 para su cuarta conferencia general, han sentido una gran preocupación. ¿Cómo emprender juntos la nueva evangelización del continente?

El «documento de trabajo», cuya preparación entre alternadas vicisitudes, ha durado cuatro años, ha llegado con un tema muy explícito y urgente: «nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre» (cf. *Hebreos* 13, 8).¹

1. La preocupación «pastoral» de la IV conferencia

La gran urgencia de una nueva evangelización ya se había advertido en el Concilio Ecu­ménico Vaticano II. En el discurso de apertura el Papa Juan XXIII había declarado: «el espíritu cristiano, católico y apostólico del mundo entero espera un salto hacia adelante. Una cosa es el depósito de la

¹CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO CELAM, *Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. "Jesucristo ayer, hoy y siempre"* (cf. *Hebreos* 13, 8). Documento de trabajo, Santafé de Bogotá, Ed. CELAM, 1992.

Cf. para una historia del Documento: Costanzo Donegana, *Le molte anime del continente cattolico*, en "Il Regno-attualità", 2 (1992), pág. 49-60.

Los libros "auxiliares" (todos ellos ediciones del CELAM) profundizan diversos aspectos del tema, entre los cuales: *Memoria indígena; Jesucristo, Ayer, Hoy y Siempre; Aportes de las Conferencias Episcopales a la IV Conferencia; Evangelización, Teología y Pastoral; El*

fe, y otra la forma en que se enuncian las verdades de nuestra doctrina. Habrá que atribuirle mucha importancia a esta forma, y si es necesario, habrá que insistir con paciencia en su elaboración».²

El Concilio Vaticano II ha percibido esta preocupación del Papa Juan, misma que había sido advertida y requerida por otros, y ha dado a los trabajos conciliares un punto de vista típicamente «pastoral».

En 1985, a una distancia de veinte años del Concilio, el sínodo extraordinario conmemorando el histórico acontecimiento, repetía la necesidad de «no separar la índole pastoral del vigor doctrinal de los documentos, sino al contrario, el carácter pastoral reside justamente en actualizar y aplicar, en las diversas situaciones, una verdad que es permanentemente válida».³

Esto significa que la pastoral está dirigida a todo el hombre, en sus distintas actividades y profesiones como en los complejos problemas de la cultura emergente. Esta se debe interpretar con el realismo de la fe cristiana que implica la encarnación y la Pascua de Dios en el dinamismo humano (Cf. *Gs* 42). Significa también que la pastoral no es sólo una actividad particular, circunscripta de la Iglesia, sino una actividad original que empeña a fondo a toda la obra educativa y promocional del hombre para penetrar, reforzar y elevar los diversos dinamosmos.⁴

La IV conferencia de Santo Domingo, invitada por el Papa a «poner los ojos y el corazón en Jesucristo»⁵, ha partido de la profesión de fe en

hombre a la Luz del Misterio de Cristo en Juan Pablo II; Doctrina social de la Iglesia en América Latina; América Latina, Realidad y Perspectivas. Este último, entre los más voluminosos, distribuido entre los miembros de la Conferencia al momento de la inscripción, contiene un estudio de la realidad latinoamericana que sirve como base para la reflexión y el análisis pastoral de la problemática continental.

²*Discorso di apertura del Concilio*, 11 de octubre de 1962, en *Enchiridion Vaticanum. I Documenti del Concilio Vaticano II*, Bologna, Dehoniane, 1981, n. 55

³Cf. W. KASPER, *Il futuro dalla forza del Concilio. Sinodo straordinario dei vescovi 1985*, Brescia, Queriniana, 1986, p. 59.

⁴Cf. M. MIDALI, *Teologia pastorale e pratica. Cammino storico di una riflessione fondata e scientifica*, Roma, LAS, 1985, pp. 139 - 142.

⁵JUAN PABLO II, *Discurso de apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, en *Mensajes del Santo Padre Juan Pablo II en su tercera visita a la Rep. Dominicana*, Santo Domingo, Ed. MSC, 1992, n. 6, p. 40

Cristo. El documento final se abre justamente con el lema: «La Iglesia en Latinoamérica y en el Caribe proclama su fe: Jesucristo ayer, hoy y siempre». Con esto ha querido afirmar que la problemática realidad latinoamericana se ha de observar a partir del Evangelio y desde una profunda «visión pastoral». Así, ha invitado a la Iglesia de América Latina a dedicarse con urgencia a la nueva evangelización.

Han sido tres las líneas pastorales prioritarias tomadas en consideración por la conferencia de Santo Domingo.

En la primera línea, los obispos de Latinoamérica se empeñan particularmente en la «nueva evangelización». Asumiendo la petición del Papa en Puerto Príncipe (Haití), hecha en 1983 y dirigida a los obispos del CELAM, la quieren «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión».⁶ Por eso solicitan de todos los cristianos el desarrollar una educación cristiana renovada y más madura.

En la segunda línea, «como expresión de la nueva evangelización», se comprometen a la «promoción integral del pueblo latinoamericano y del Caribe, teniendo como preocupación principal que los primeros destinatarios sean los más pobres». Es importante poner de manifiesto que en esta promoción humana «ocupa un lugar privilegiado y fundamental la familia, donde tiene origen la vida». Los obispos recuerdan los grandes problemas de América Latina: «aquéllos que sufren, enfermos, ancianos, niños abandonados, los que son víctimas de injusticias, emarginados, los más pobres, habitantes de la periferia, indios y afroamericanos, campesinos, desocupados, aquéllos sin casa, sin tierra, las mujeres a quienes no les son reconocidos los propios derechos», pero también las «otras formas de opresión: violencia, pornografía, tráfico y uso de drogas, terrorismo, secuestros de personas y muchos otros problemas muy graves».⁷

El tercer nivel de las líneas prioritarias pastorales es la «cultura cristiana», o mejor, la «inculturación del Evangelio»: los obispos han

⁶JUAN PABLO II, *Discurso a los obispos del CELAM en la inauguración de la XIX Asamblea ordinaria, en Juan Pablo II a la Iglesia de América Latina*, Santafé de Bogotá, Ed. CELAM, 1992, p. 12.

⁷*Messaggio ai popoli dell'America Latina e dei Caraibi, a conclusione della IV Conferenza Generale dell'Episcopato Latinoamericano a Santo Domingo*. Cf. *L'Osservatore Romano*, sábado 31 de octubre de 1992.

indicado: «Tenemos que promover una evangelización que penetre en las raíces más profundas de la cultura común de nuestros pueblos...».⁸

Para realizar la promoción humana y la inculturación del Evangelio, que ha de ser seria y sensible a los actuales signos del tiempo, los obispos llaman a una eficaz y vasta acción educativa de todo el continente.⁹ Los laicos, en continuidad con la *Christifideles laici*, son los protagonistas privilegiados de esta evangelización y promoción del hombre.

En resumen, las prioridades pastorales de la «nueva evangelización» del pueblo latinoamericano se compendian en este fuerte y audaz trinomio: evangelizar catequizando, evangelizar promoviendo a todo el hombre, evangelizar educando.

2. La educación: una instancia «prioritaria» de la nueva evangelización

Hay que preguntarse: ¿en qué sentido la educación es una de las instancias prioritarias de la nueva evangelización? A propósito, recuerdo un hermoso escrito del Card. Martini, que es en realidad un programa pastoral para la diócesis de Milán, en el que tratando de dar una respuesta sobre el tema de la educación, encuentra esta razón: «Porque Tú, oh Señor, me has educado, me has conducido hasta aquí; Tú has puesto en mí el gozo de educar, ‘más gozo que el vino y el trigo que abundan’ (Sal 4, 8). Eres Tú, oh mi Dios, el gran educador mío y de todo este pueblo. Eres Tú quien nos conduce de la mano, también en esta nueva fase de nuestro camino pastoral. ‘Sólo uno es vuestro Maestro’ (Mt. 23, 8). ‘Como un Aguila que cuida su nidada, que vuela sobre los pichones’, Tú, oh Señor, ‘nos levantas sobre tus alas’, nos haces ‘subir sobre las alturas de la tierra, nos nutres con los productos del campo’, nos haces ‘extraer miel de la peña y aceite de la roca’ (Dt 32, 1 - 13)».¹⁰

¡He aquí la cuestión! Dios educa a su pueblo, es decir, nos toma de la mano, nos purifica, y nos dilata para que entremos en su proyecto de salvación.

⁸*Ibidem.*

⁹*Ibidem.*

¹⁰Card. C. M. MARTINI, *Dio educa il suo popolo*, en *Programmi pastorali diocesani 1985 - 1990*, Bologna, pp. 405 - 406.

El Concilio Vaticano II nos da esta definición del concepto de educación, no circunscrible con facilidad; «(la educación) debe promover la formación de la persona humana, ya sea teniendo en cuenta su finalidad última, ya sea por el bien de las diversas sociedades de las que el hombre es miembro y en las que, llegado a adulto, tendrá distintas tareas que cumplir».¹¹ M. Léna habla profundamente de «una vocación cristiana de la educación». O sea, de una llamada que Dios dirige a cada uno de nosotros para hacer de este campo particular de acción y de realización interpersonal que es la educación un lugar de inserción de su salvación en la vida humana.¹² Es exacto decir como en Santo Domingo, pero también como en Puebla (n. 1024), que la educación es una actividad humana en el orden de la cultura y está situada en las realidades terrestres.

La evangelización de una nueva América Latina ha sido presentada en Santo Domingo no como un «nuevo evangelio» surgido de la actual cultura, sino como el Evangelio de siempre, el que ha predicado siempre la Iglesia, el que ha de ser anunciado a las nuevas culturas emergentes.¹³ Podríamos decir «un salto hacia adelante». Los enormes problemas que los obispos han diagnosticado en Santo Domingo han de ser afrontados recorriendo caminos que sean realmente nuevos, en diálogo con la realidad humana. Existe el problema de la caída del sentido de trascendencia que se está advirtiendo también en América Latina; el problema de las sectas, consecuencia de esta degradación del sentido religioso; pero hay también otros problemas, igualmente graves, entre los cuales la tierra, los indígenas, los pobres, la deuda externa, la economía, la política, la ecología, la promoción de la mujer, la familia, la paz, la solidaridad, los derechos humanos, etc. Son situaciones que inciden sobre la cultura, marcan profundamente al pueblo latinoamericano. Para la IV conferencia, nueva evangelización ha significado, precisamente, el esfuerzo de una nueva inculcación de la fe en América Latina con el fin de «alcanzar y casi desbaratar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que contrastan

¹¹VATICANO II, *Gravissimum educationis*, 1

¹²M. LÉNA, *La vocation chrétienne de l'éducation*, en *Communio*, IV (1979), 4, p. 5. «La vocación cristiana de la educación se clarifica tanto por la naturaleza del actuar educativo - la tarea de la humanización - como por el misterio cristiano - el misterio pascual en su irradiación trinitaria, eclesial, sacramental».

¹³Cf. JUAN PABLO II, *Discurso inaugural*, 6.

con la Palabra de Dios y con el proyecto de salvación». ¹⁴ En una palabra, se trata de humanizar el actual modo de pensar y de actuar con una fe viva. La educación deberá proponerse inmediatamente en América Latina como el tentativo de afrontar sistemática y orgánicamente, a partir del Evangelio, el problema «humano» del hombre. En otras palabras, significa llegar a ser capaces de leer la cultura y las culturas de la sociedad latinoamericana «desde el punto de vista del hombre», dándole acceso a la humanidad para que pueda crecer y madurar en la conciencia, en la libertad, en la moralidad.

De todas maneras, el Papa ha sido preciso en el discurso inaugural. «La nueva evangelización debe proyectarse sobre la cultura ‘emergente’, sobre todas las culturas, incluso las indígenas», pero «la evangelización, que es la idea central de toda la temática de la IV conferencia, ha replicado el Papa, es Cristo mismo, su persona». ¹⁵ Quería decir que lo específico de la educación cristiana no es ni la formación ética ni la simple transmisión de «valores evangélicos». Estos no deben ser separados de la persona de Cristo, que es la fuente y el fundamento, sino encontrar todo esto en Jesucristo. ¿Por qué? En primer lugar porque vastos sectores de la doctrina típicamente evangélica han desaparecido: el elogio de la pobreza, de la castidad, de la obediencia, de la plegaria continua, del valor redentor del sufrimiento y de la cruz. Y además, porque la ética cristiana no puede ser separada de la fe en Cristo. El cristianismo no constituye la simple «introducción» a los valores éticos que pueden ser practicados por todos los hombres, independientemente de la fe; es, más radicalmente, la condición de posibilidad para que esos valores puedan ser «vivididos» y el hombre no se reduzca a una momia. Los recortes a la fe viva coinciden con una progresiva rarefacción de esos valores. Esto es lo que sucede en el proceso de secularización de las grandes ciudades latinoamericanas.

3. Cómo se ha planteado el problema de la educación en Santo Domingo

Es un hecho real: si las culturas actuales del continente llevan a veces valores positivos que sin duda pueden ser un real crecimiento en humanidad, los valores negativos ligados a las actuales culturas arriesgan la sofocación de la primacía de la conciencia y la alienación peligrosa del hombre del sentido auténtico de la existencia.

¹⁴PABLO VI, *L'evangelizzazione nel mondo contemporaneo*, 19

¹⁵JUAN PABLO II, *Discurso inaugural*, *ibidem*, 6.

El peligro es grave, sobre todo en los jóvenes. El riesgo es el de una sociedad dominada por ideologías, que crece sin respeto por el hombre y por la dignidad de la persona. Las libertades política y económica no son tampoco una verdadera garantía de progreso social o económico. A veces, puede ocurrir que la sociedad respete la libertad del hombre; o tal vez que ésta se piense en función del hombre, respetando toda su centralidad, pero lamentablemente prescindiendo de Cristo. La óptica materialista de varias culturas latinoamericanas, ligadas al progreso técnico-científico, sin referencia a Dios, es igualmente regresiva.

Justamente la conferencia de Santo Domingo se ha sentido profundamente interpelada por este hecho. Ha percibido la urgencia de la educación y la revalorización de la escuela, de acuerdo con la renovación promovida por el Vaticano II. Se ha dicho que las escuelas, y sobre todo la universidad, en cierto sentido pertenecen a la nueva evangelización. Aun cuando estas dos instituciones ejercen acciones distintas, son dos realidades unidas orgánicamente. Es más, son ambas una prioridad pastoral de la Iglesia latinoamericana: «para la inculturación del Evangelio es importante desempeñar una eficaz acción educativa».¹⁶

La función de la educación es muy delicada. Tiene que distinguir entre valores que pueden ser positivos, y su posible referencia a Cristo. Por un lado tiene que conocer los nuevos desafíos culturales que presenta la sociedad, por otro, discernir y promover los nuevos valores, superando la «ruptura entre Evangelio y cultura» que es, «sin duda, el drama de nuestra época».¹⁷

La función crítica respecto a los valores es esencial para la educación que la Iglesia quiere promover en el continente.

En este sentido, a la «nueva evangelización» le corresponde una «educación nueva». Y ésta es verdaderamente «nueva» si llega a poner en crisis al mundo moderno en nombre de la fe.

¿Cómo se puede pensar en valores que sean «nuevos», observa el Card. J.M. Lustiger, si no hubiese sobrevenido la historia del cristianismo y

¹⁶*Messaggio ai popoli dell' America Latina e dei Caraibi, ibidem.*

¹⁷*Ibidem*, 20

la locura de la cruz?¹⁸ La función crítica es esencial para la Iglesia y, por eso, para la educación que la Iglesia propone hoy con fuerza en América Latina.

En este sentido el hecho educativo tiene un papel mediador entre los valores y el Evangelio. En esta mediación reside la «novedad» de la educación, como ha sido proféticamente percibida en Santo Domingo. No por nada el Papa ha afirmado en su discurso introductorio a la IV conferencia: «Uno de los desafíos de la evangelización es el de intensificar el diálogo entre las ciencias y la fe, de modo que se cree un verdadero humanismo cristiano. Se trata de mostrar que la ciencia y la técnica contribuyen a la civilización y a la humanización del mundo en la medida en que son penetradas por la sabiduría de Dios. A este propósito, deseo alentar vivamente a las universidades y centros de estudios superiores, especialmente a aquéllos que dependen de la Iglesia, a renovar su empeño en el diálogo entre la fe y la ciencia».¹⁹

La insistencia del Papa, en Santo Domingo, en poner a Cristo en el centro de la evangelización encuentra precisamente en la educación su expresión más clara. Un nuevo mundo no es de por sí el nacimiento de un mundo nuevo; solamente lo es la regeneración de un hombre nuevo en la medida en que esté unido a Cristo. Y esto ya lo constataba San Agustín: «Puesto que no era oportuno que Dios hiciese un nuevo mundo, ha hecho 'cosas nuevas' en el mundo».²⁰ La novedad que conoce la Iglesia en América Latina no es, como decía el Papa, una modificación de su «mensaje», sino simplemente la realización de Cristo en carne y hueso. La novedad de la Iglesia trasciende anticipadamente todas las modernidades.

En la encíclica *Redemptor hominis*, en vez de iniciar a partir de los valores humanos muy frecuentemente separados de su fundamento cristológico, Juan Pablo II tiene la audacia de comenzar del principio, o sea del plan de Dios realizado en Cristo, y referir a este el misterio del hombre: «el hombre como es querido por Dios, elegido por El por toda la eternidad, llamado, destinado a la gracia y a la gloria; esto es justamente todo hombre,

¹⁸Card. J.M. LUSTIGER, *La nouveauté du Christ et la post-modernité*, en *Communio*, XV (1990), 2, p. 22.

¹⁹JUAN PABLO II, *Discurso inaugural*, op. cit., n. 21

²⁰*Lettre* 137, n. 14; CSEL 43, 116, 10.

el más concreto, el más real; esto es el hombre en toda la plenitud del misterio del que se ha hecho partícipe en Jesucristo, misterio del que se hace partícipe cada uno de los cuatro billones de hombres vivientes en nuestro planeta, desde el momento en que es concebido bajo el corazón de su madre».²¹

M. Léna observa que no hay otro fundamento para una reflexión cristiana sobre la educación que el de la luz de Cristo sobre la totalidad de la existencia humana.²² Los obispos latinoamericanos han querido expresar esto cuando en la IV conferencia han votado unánimemente sobre la educación, afirmando que es «indispensable en la nueva evangelización» (cf. *Conclusiones* n. 263), porque «la vida es Cristo» (*Fil.* 1, 21.), «sólo Cristo tiene palabras de vida eterna» (*Jn.* 6, 68 - 69), en Cristo «es nueva criatura» (*2 Cor.* 5, 17) y, en el proyecto del Creador descubre un plano de «recapitular en Cristo todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra» (*Ef.* 1, 10) (cf. *Conclusiones* n. 264). Significa que en la historia del hombre Cristo es el vértice absoluto, Alfa y Omega, y que la victoria que vence al mundo es la fe.

4. Educación y nueva evangelización

Entre las prioridades pastorales votadas en Santo Domingo la educación se coloca en el ámbito de una «evangelización inculturada» y se piensa como «acción eficaz» (*Conclusiones* n. 302). «La educación cristiana, han dicho los obispos latinoamericanos en el documento final, es la inculturación del Evangelio en la propia cultura». Han agregado que sus niveles son muy diversos, pueden ser escolásticos o no escolásticos, elementales o superiores, formales o informales. De todas maneras la educación es un proceso dinámico que dura toda la vida de la persona y de los pueblos. Recoge la memoria del pasado, enseña a vivir hoy y se proyecta hacia el futuro. Por esto insisten los obispos: «La educación cristiana es indispensable en la nueva evangelización» (cf. *Conclusiones* n.263). Tan indispensable, han dicho, que es absolutamente vital. Muchas veces ha sucedido que para asegurar la descristianización de un país se ha negado la posibilidad de enseñar.

²¹JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis*, 13

²²M. LÉNA, *L'esprit de l'éducation*, Paris, Fayard, 1981, p. 31.

En Santo Domingo, la educación se ha visto estrechamente vinculada a la evangelización. El dinamismo específico de la evangelización consiste, como Pablo VI había ya subrayado fuertemente en la exhortación apostólica sobre la evangelización en el mundo contemporáneo antes mencionada, en «alcanzar y casi desbaratar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad».²³

En esta afirmación se mide la amplitud y la osadía del programa que ha lanzado Santo Domingo para el continente. La evangelización no es solamente un sector de la educación, el que atañe a la formación religiosa, sino que concierne toda la obra educativa que está englobada en este amplio esfuerzo de evangelización, del que irradia el impulso en la nueva humanidad. En efecto, Cristo no se ha presentado como una alternativa del hombre, sino como salvación de toda la realidad humana. Por esto la evangelización no tiende sólo a presentar un conjunto de valores, ya sean estos de paz o de libertad, sino una persona viva, Jesucristo, alfa y omega del universo.

La Iglesia, por esta razón, no se coloca en el número de las sociedades y de las culturas. No encuentra su origen en sí misma. Ella tiene el encargo de un mensaje que ninguna sociedad o cultura podría extraer de sí misma. Sin embargo está relacionada con toda la humanidad por una especie de «connaturalización silenciosa».²⁴ Ella tiene una palabra que todos pueden y deben poder entender en su lengua como propia. Por esto, como lo hace notar el Papa en la encíclica *Redemptor hominis*, hay una profunda unión entre la evangelización y la educación, justamente porque la redención es una creación renovada.²⁵ Lo dicen también las «Conclusiones» de la IV asamblea de Santo Domingo: «Cuando se habla de educación cristiana, hablamos del hecho que el maestro educa hacia un proyecto de hombre en el que vive Jesucristo. Hay muchos aspectos en los que se educa y de los cuales está formado el proyecto educativo del hombre; hay también muchos valores; sin embargo estos no están nunca solos, forman siempre una constelación implícita o explícitamente ordenada. Si el orden tiene

²³*Ibidem.*

²⁴La expresión es de K. RAHNER, *Mission et Grâce*, II, Mame, 1963, p. 238.

²⁵JUAN PABLO II, encíclica *Redemptor hominis*, 8.

como fundamento y como término a Cristo, esta educación es entonces recapitulación de todo en Cristo y es una verdadera educación cristiana; de lo contrario, hablará de Cristo pero no será cristiana». (*Conclusiones* n. 265)

El Papa tiene razón en su discurso de apertura de los trabajos: «en estos días se hace necesario un esfuerzo y un tacto especiales para inculcar el mensaje de Jesús, de tal forma que los valores cristianos puedan transformar los distintos núcleos culturales, purificándolos, si fuera necesario, y haciendo posible el refuerzo de una cultura cristiana que renueve, amplifique y unifique los valores históricos pasados y presentes, para poder responder adecuadamente a los desafíos de nuestro tiempo (cf. *Redemptoris missio*, 52)».²⁶

5. La prioridad pastoral de los laicos

El hecho que Santo Domingo haya formulado un llamado especial al «protagonismo de los laicos» (*Conclusiones* n. 302) significa dos cosas: en primer lugar, que la Iglesia es consciente de su compromiso pastoral en la educación de los actuales valores de la cultura emergente y en este momento siente con urgencia la misión de promover una fuerte educación entre los cristianos del continente latinoamericano; en segundo lugar, que la Iglesia llama a los laicos a este vasto compromiso cultural, según un derecho que les pertenece.²⁷

Por esta razón, la IV conferencia reconoce el derecho de los laicos a este «protagonismo» y los llama a la misión de transformar el continente, según los ideales del Evangelio. Hay que decir que los obispos entienden esta educación en el ámbito de la «nueva evangelización del pueblo de América Latina» (cf. *Conclusiones* n. 292) con una orientación lanzada fuertemente hacia el hombre de hoy. Ellos verifican este compromiso en la exhortación apostólica *Christifideles laici*, a la que muchas veces han hecho referencia en Santo Domingo (*ibidem*). Por otra parte, el Papa ha invitado al episcopado de América Latina y del Caribe a ver las «cosas nuevas» que Dios efectúa hoy y a confrontar la promoción del hombre y las culturas emergentes con las riquezas del misterio de Cristo.

²⁶JUAN PABLO II, *Discurso de apertura*, op. cit., n. 21.

²⁷VATICANO II, *Gravissimum educationis*, 2.

Es importante recordar que una preocupación insistente de la conferencia ha sido la de lanzar la responsabilidad de las familias, llamadas justamente «santuario de la vida», respecto a la educación, reconocida como un deber del que la familia tiene una responsabilidad prioritaria (cf. *Conclusiones* n. 272). Es interesante, a este propósito, leer en el documento conclusivo el carácter concreto que han dado los obispos al significado de la familia respecto a la educación, hoy, en el continente: «La Iglesia anuncia con alegría y convicción la buena nueva sobre la familia a través de la cual 'pasa el porvenir de la humanidad' y se concreta la frontera decisiva de la nueva evangelización. Lo proclamamos aquí, en América Latina y el Caribe, en un momento histórico en el que la familia es víctima de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla» (*Conclusiones* n. 210).

También en Santo Domingo se ha vuelto a afirmar que los padres son «los primeros y principales educadores».²⁸ Con esto se ha querido decir que la responsabilidad cristiana de frente al mundo se coloca en las raíces de la vida del mundo. Procreando un hombre los padres pueden hacer un discípulo de Cristo. En efecto, mediante los padres, afirma M. Léna, en el acto del crecimiento, la sustancia del mundo cambia en cuerpo de Jesucristo y en Iglesia.²⁹

Pero la responsabilidad educativa de los laicos no está colocada solamente en el inicio de la vida, en la familia. Los obispos en Santo Domingo dicen que la vocación cristiana de la educación se dirige sobre todo a los fieles laicos, ya que por el bautismo están insertos en Cristo y llamados para cumplir en el mundo la misión de salvación.

Ellos «son protagonistas de la nueva evangelización, de la promoción humana y de la cultura cristiana», ha dicho Santo Domingo (cf. *Conclusiones* n. 97). El Vaticano II había sido muy explícito al respecto: «Por la vocación de los laicos, es propio de ellos buscar el reino de Dios tratando las cosas temporales y ordenándolas según Dios. Ellos viven en el siglo, es decir, implicados en todas las obligaciones y negocios del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, de las que su existencia está como entretejida. Allí son llamados por Dios para contribuir a la santificación del mundo mediante el ejercicio de su función y con la

²⁸JUAN PABLO II, *Discurso de apertura*, *op. cit.*, n. 6.

²⁹Cf. M. LÉNA, *op. cit.*, p. 48.

guía del espíritu evangélico, y de esta manera a la revelación de Cristo a los demás, con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad. Por lo tanto, corresponde particularmente a ellos iluminar y ordenar todas las cosas temporales a las que están estrictamente unidos, de manera que estén hechas siempre según Cristo, crezcan y alaben al Creador y Redentor».³⁰

Santo Domingo, siguiendo la doctrina del Vaticano II, que muestra la Iglesia al servicio del mundo, es consciente del papel que los laicos tienen en el mundo para cumplir la misión de salvación: «los laicos son llamados por Cristo como Iglesia, agentes y destinatarios de la buena nueva de la salvación, para ejercer en el mundo, viña del Señor, una tarea evangelizadora indispensable» (*Conclusiones* n. 94). Por eso ve en los fieles dos aspectos altamente exigentes: por una parte los laicos están comprometidos con la Iglesia y ejercen innumerables ministerios y funciones comunitarias; por otra parte, según la «índole secular que es característica y peculiar de los laicos» (*ChL* 15), ellos viven en el mundo y tienen una gran responsabilidad de promoción del hombre para que llegue a ser miembro del Reino (cf. *Conclusiones* n. 95).

Precisamente aquí la IV conferencia siente la urgencia de afrontar operativamente con los laicos el camino de la educación. Se trata de «promover una formación integral (eclesial y profesional para el mundo del trabajo), gradual y permanente de los laicos mediante organismos que hagan fácil ‘la formación de los formadores’ y programen cursos y escuelas diocesanas y nacionales prestando particular atención a la formación de los pobres (cf. *ChL* 63)».

Es una vocación en plena cultura emergente y en las fronteras del mundo, especialmente necesitadas de la luz del Evangelio. Las *Conclusiones* enumeran diez: los derechos inviolables de la persona, la ecología, la tierra don de Dios, el empobrecimiento y la solidaridad en sus varios niveles, el trabajo y la falta del mismo, la movilidad humana, la convivencia democrática, la compleja problemática económico-social, la integración latinoamericana y, en fin, la cultura (cf. *Conclusiones* n. 164 - 204; 233 - 236). Para afrontar evangélicamente estos complejos problemas los laicos necesitan adquirir las competencias necesarias. Hay aquí un

³⁰VATICANO II, *Lumen gentium*, 31

campo nuevo que se abre para la educación: confrontar la promoción del hombre con las riquezas del misterio de Cristo. Los obispos han dicho: «En la situación actual encontramos una pluralidad de valores que nos interpelan y que son ambivalentes. De esto, surge la necesidad de confrontar los nuevos valores educativos con Cristo, revelador del misterio del hombre. En la nueva educación se trata de hacer crecer y madurar a la persona según las exigencias de los nuevos valores; a esto se une la armonización con la tipología característica del contexto latinoamericano» (n. 266).

«Los laicos son una línea pastoral prioritaria» (cf. *Conclusiones* n. 102). Por esta razón, en Santo Domingo se ha impuesto con urgencia el campo educativo para lanzarlos al «protagonismo» requerido por la nueva evangelización. Precisamente por esto se ha subrayado la necesidad de promover «la formación eclesial y social de los laicos» (*Conclusiones* n. 93), «la importancia de una santidad apropiada» (*Conclusiones* n. 97), también porque «la Iglesia está convocada a la santidad» (*Conclusiones* n. 31 - 53); y por último se ha subrayado la necesidad de «dar a los laicos el sostén de los pastores» (*Conclusiones*, n. 99). Hay que observar que la IV conferencia cree en esta formación de los laicos. Las *Conclusiones* presentan un empeño claro de los pastores: «nosotros pastores buscaremos como objetivo pastoral inmediato el de dar impulso a la preparación de los laicos que emerjan en el campo de la educación, de la política, de los medios de comunicación social, de la cultura y del trabajo. Estimularemos una pastoral específica para cada uno de estos campos, de manera que aquéllos que se encuentren presentes sientan todo el sostén de sus pastores» (n. 99).

Santo Domingo ha fijado con exactitud los diversos aspectos de un problema central de la nueva evangelización: el tema de los laicos. Hoy, más que nunca, el Evangelio tiene que poder demostrar en América Latina que Cristo ha venido para promover a todo el hombre. Los laicos son precisamente los «protagonistas» y apóstoles de este anuncio.

Tal vez el documento final de Santo Domingo habría ganado mucho si en vez de considerar a los laicos en la sección de la nueva evangelización, hubiera tratado sobre ellos en la sección de la Promoción Humana. En efecto, las nuevas fronteras que hoy requieren ser iluminadas por el Evangelio solicitan con urgencia la presencia cristiana de los laicos «preparados» a permear con el Evangelio toda la solicitud de Dios.

6. «Una acción educativa eficaz» (Conclusiones n. 302)

La IV conferencia de Santo Domingo ha hecho un inventario de los desafíos que en el campo de la educación interpelan con fuerza, hoy, a la Iglesia latinoamericana. Los obispos los han agrupado en cuatro grandes sectores:

a) la exclusión de mucha gente de la educación escolástica, incluso de la básica; el analfabetismo que persiste en varios países; la crisis de la familia como primera educadora; el divorcio existente entre el Evangelio y la cultura; las diferencias sociales y económicas que dificultan a muchos el acceso a la educación católica; la educación informal de la televisión de concepción no católica;

b) la universidad católica y la universidad de inspiración cristiana carentes con frecuencia de una «sabiduría» verdaderamente cristiana que culmine en Cristo y poco cuidadosas del diálogo vivo, continuo y progresivo con el humanismo y la cultura técnica;

c) la escasa relación entre educación estatal y educación cristiana. En algunos países no se comprende todavía que la educación católica es un derecho inalienable de los padres de familia católica y de sus hijos y que por lo tanto debe ser subvencionada;

d) pero está también la ignorancia religiosa de la juventud, la carencia de educación extraescolástica y la educación informal. Es un desafío el hecho que la educación no sea suficientemente adecuada a las diversas culturas, y en particular a las indígenas y afroamericanas (cf. Conclusiones n. 267-270).

Con la original experiencia y creatividad dinámicas características de América Latina, estos desafíos han empujado a los obispos de Santo Domingo a pensar un audaz proyecto educativo que podrá, sin duda, infundir un alma de nueva vitalidad a la educación. El episcopado ha sentido la exigencia, como habíamos visto, de considerar el esfuerzo en el campo educativo como «mediación metodológica para la evangelización de la cultura» (Conclusiones n. 271). Por eso, se ha empeñado en la renovación del continente latinoamericano a partir de un nuevo compromiso educativo, no sectorial sino global, sobre todo entre los pobres. Observándola atentamente, la norma pedagógica en las Conclusiones

resulta extraordinariamente audaz. Resalta la afirmación central: «Nuestro compromiso en el campo educativo se resume, sin duda, en la línea pastoral de la inculturación» (*Conclusiones* n. 271).

La norma pedagógica aparece ensamblada en un plano unitario y convergente: «nos comprometemos a una educación evangelizadora», es decir, evangelización y educación simultáneamente, no una antes de la otra, como tampoco una sin la otra; «nos pronunciamos por una educación cristiana a partir de la vida y para la vida en el ámbito individual, familiar y comunitario y en el ámbito de los ecosistemas», es decir, en sintonía con lo que hoy forma la vida del hombre; sostenemos «una educación que fomente la dignidad de la persona y la verdadera solidaridad»; nos moveremos culturalmente en una «educación en la que se integre un proceso de formación cívico-social inspirado en el Evangelio y en la doctrina social de la Iglesia», cuya finalidad es la preparación para un compromiso de servicio en las estructuras civiles y políticas de la sociedad (cf. *Conclusiones* n. 271). Sin duda, el plan es ambicioso. Hemos de preguntarnos si la Iglesia ha evaluado con claridad sus fuerzas, dada la escasez de vocaciones sobre todo en el sector femenino de la vida consagrada.

De todas maneras, para hacer efectivo este proceso, los obispos han previsto algunos pasos graduales y continuos: «apoyar a los padres para que decidan libremente según sus convicciones, el tipo de educación que quieren para sus hijos», por lo tanto, «denunciar las intromisiones del poder civil que limiten este derecho»; «garantizar el derecho a la formación religiosa para todos y, por lo tanto, de la enseñanza religiosa en todos los niveles»; «alentar a los educadores cristianos para que trabajen en las instituciones de la Iglesia, a las congregaciones educativas y a los profesores católicos para que trabajen en las instituciones no católicas»; «promover la formación permanente de los educadores católicos ... en el crecimiento de su fe y en la capacidad de comunicarla como verdadera Sabiduría especialmente en la educación católica»; «dar forma cristiana a la vida, al amor, a la sexualidad, a la libertad, al trabajo»; «llamar a los religiosos y religiosas que han abandonado un campo tan importante como el de la educación católica para que se dediquen nuevamente a esta tarea»; en efecto, «la opción preferencial por los pobres incluye la opción preferencial de los medios para que la gente salga de su miseria ... uno de los medios es precisamente la educación católica»; «tratar que la educación católica escolástica en todos los niveles sea posible para todos y no reservada para pocos»; «promover la responsabilidad de la comunidad

parroquial en la escuela y en su gestión»; «pedir la garantía de fondos públicos destinados a la educación católica»; la convicción de que «la universidad católica está llamada a una importante misión de diálogo entre el Evangelio, las culturas y la promoción humana en América Latina»; «a partir de la educación católica formar en todos los niveles una conciencia crítica frente a los medios de comunicación social»; «transformar la escuela católica en una comunidad que sea centro de irradiación evangelizadora, mediante alumnos, padres de familia y maestros ...»; en fin, «tratar de fortificar la comunidad educativa y reforzar en ella un proceso de formación cívico-social, ... la organización de estudiantes y exalumnos como método de educación cívico-social y política que haga posible la educación democrática de las personas» (cf. *Conclusiones* n. 272-278). Los obispos insisten en que los religiosos se pongan en la «vanguardia de la evangelización de las culturas» (*Conclusiones* n. 91).

La integración entre evangelización y educación resulta de esta manera precisa y audaz. Santo Domingo ha sido muy explícito al respecto. Quiere que el Evangelio sea medida patrón de toda novedad, porque si «la educación es asimilación de cultura, la educación cristiana es asimilación de la cultura cristiana» (*Conclusiones* n. 263) o, mejor dicho, de Cristo. Ésta tiene sentido cristiano sólo si se presenta a la luz de Jesucristo.

7. Conclusión

El sentido profundo y el don específico de Santo Domingo es precisamente éste: construir una auténtica civilización para el hombre, para que sepa recorrer estos últimos años que lo separan del tercer milenio e iniciar el nuevo siglo «bajo el signo de la esperanza».³¹ La tarea primaria, había dicho el Papa en el discurso de apertura, consiste justamente en preguntarnos «¿cuál es el camino que debe seguir la Iglesia en América Latina para que su misión dé en la próxima etapa de su historia los frutos que espera al Año de la mies (cf. *Lc* 10, 2)?» Se conoce la frase profética de André Malraux: «el siglo ventiuono será religioso o no será».

La respuesta que se ha dado en la IV conferencia parece ser la del retorno a lo esencial. El porvenir, han dicho, nos obliga a proseguir el

³¹JUAN PABLO II, *Discurso de apertura, op. cit.*, n. 25

camino emprendido hace quinientos años con el bagaje reducido al mínimo indispensable. ¿Qué es esencial y qué es accesorio? ¿Cuál es la unidad verdaderamente esencial? ¿Qué es lo que no puede dejarse de lado? ¿Cuáles son las prioridades que la Iglesia debe absolutamente llevar adelante? ¿Cuál es la única opción de la que brotan después las diversas líneas y prioridades pastorales? ¿Cómo dar a la evangelización del continente latinoamericano «un impulso nuevo, capaz de crear tiempos nuevos de evangelización en una Iglesia aferrada cada vez más a la fuerza y al poder perenne de Pentecostés?»³²

Han transcurrido quinientos años de la primera evangelización. América Latina no puede simplemente seguir apelando a su precedente herencia cristiana. No puede perder más el tiempo en problemas intraeclesiales. Ha de decidir hoy su futuro, en el encuentro con la persona y el mensaje de Cristo. Lo más sugestivo es la voluntad que ha expresado la Iglesia de América Latina de ser simplemente el ojo a través del que nos llega la luz de Dios; el idioma que habla de Dios. Dijo el Papa en su discurso inaugural que hemos de poner «a Cristo en el corazón y en los labios de todos los latinoamericanos». Por eso el documento inicia con una profesión de fe en Cristo (*Conclusiones* 4 - 15).

Comprendemos entonces sintéticamente las líneas maestras de esta acción evangelizadora: la Iglesia de América Latina y del Caribe proclama su fe en Cristo y se compromete a «evangelizar catequizando», mediante una creciente educación de fe y con un fuerte espíritu misionero; a «evangelizar promoviendo», mediante la formación y el protagonismo especialmente de los laicos y de los jóvenes con un impulso hacia la familia y la vida; a «evangelizar educando» las culturas, sin dejar de lado los modernos medios de comunicación social.

Estas tres prioridades señalan las coordenadas de la nueva evangelización. Los temas, reflexiones, testimonios surgidos de la IV conferencia constituyen un importante patrimonio que requiere ser retomado, profundizado y aplicado. La educación ha de conjugar nuevamente la identidad cristiana con la cultura, inspirar una palabra cristiana sobre la educación y contribuir a suscitar educadores para el mañana.

³²*Ibidem.*

Estoy convencido que después de Santo Domingo los obispos han vuelto a sus Iglesias con la acrecentada convicción de tener que pensar en los problemas de América Latina en una dimensión continental: el desafío es el mismo para todos. La preocupación evangelizadora de la IV conferencia no se reduce sólo a la catequesis, sino que abarca todo el vasto sector del hombre. Se sitúa en el interior del proceso de formación humana, colocándose en ese misterioso punto de unión en que el espíritu se abre y vuelve al Espíritu, testimoniando en el tiempo de la historia ese Origen que un día será la última palabra.

Entonces es verdaderamente un honor y una inmensa alegría para el educador cristiano «ser considerado un sujeto eclesial que evangeliza... con una identidad precisa en la comunidad eclesial. Por este motivo, su papel debe ser reconocido en la Iglesia» (*Conclusiones* n. 265).

VITTORIO GAMBINO S.D.B.

Director del curso para formadores en la Universidad Salesiana de Roma. Experto en la IV asamblea del CELAM en Santo Domingo. Durante muchos años fue vicario para la educación de la arquidiócesis de Santiago (Chile). El último de sus libros, que acaba de ser publicado, se titula «Dimensión de la formación presbiteral».

